

ya contenidas en categorías mayores⁶. En tanto que muchos de los símbolos y técnicas no requieren verdaderamente tan minuciosa elucidación, sí la necesita la cuestión, a mi ver esencial, de la originalidad de Martí. Schulman aborda el problema, al explicar que el simbolismo de Martí poeta no pertenece a la doctrina estética llamada precisamente *simbolismo*, sino que se inspira en Emerson (pp. 48-49), cuyas ideas explica a continuación, señalando su relación con el krausismo español. Es obvio, sin embargo, que la decisiva influencia sobre Martí de un pensador olvidado (¿romántico rezagado?), prácticamente desconocido en el mundo latino —no sólo el hispánico—, tendría que ser explorada en sus principales implicaciones, lo que incluye muy especialmente la evolución de Martí y su relación con el simbolismo y el modernismo.

Sería también necesario prestar mayor atención a la influencia de los varios clásicos españoles (de Santa Teresa a Gracián) que a menudo menciona Schulman, pero siempre de pasada, excepto en el caso de Gracián, algunas de cuyas imágenes cita en paralelo con otras de Martí. Igualmente exige mayor elaboración la mención de escritores cubanos como Mendive o Luz y Caballero, cuya influencia sobre Martí damos por sabida los cubanos, pero a quienes difícilmente se conoce fuera de Cuba⁷.

Estas objeciones no van dirigidas a disminuir el valor y la utilidad de la exhaustiva obra de Schulman, ya clásica en los estudios martianos y modernistas: apuntan sólo a la necesidad de establecer claramente la verdadera originalidad de Martí, factor esencial a su vez para entender el complejo problema del modernismo y el aún más incierto de su influencia sobre los escritores españoles —tesis que Schulman suscribe en sus conclusiones.

JULIO RODRÍGUEZ-LUIS

State University of New York at Binghamton.

GERMÁN GARCÍA, *El inmigrante en la novela argentina*. Hachette, Buenos Aires, 1970; 108 pp.

La aclaración inicial del libro nos dice que su tema fue desarrollado como clases o conferencias y que se edita "con ajustes y ampliaciones que al concretarse en libro se hacen necesarios". A pesar de esto, precisamente lo que falta a través de todo el estudio es ajuste, asideros firmes, citas en profundidad.

La introducción que se titula "El acontecer histórico" y que abarca, quizás algo pomposamente, los subtítulos "De Mayo a Caseros", "Poblar

⁶ Véanse, por ejemplo, las secciones sobre "Pino, ciprés, sauce, palma" (p. 214), que siguen a la que trata del "Árbol" (p. 201), o la titulada "Símbolos varios" (p. 326), que incluye "una faceta insignificante de una expresión de imágenes, ya por ser tradicional, ya por ser de poco valor artístico" (*ibid.*).

⁷ Por cierto que ha desaparecido de esta 2ª ed. la "Acción de gracias" con la que el crítico, en 1960, expresaba su gratitud a dos instituciones cubanas —la Universidad de Oriente y la Comisión Nacional del Centenario de Martí— por la ayuda recibida.

para modernizar”, “La transformación social”, “El choque” y “Reflejos en la literatura”, no cumple lo que promete: resulta débil, superficial.

Sin embargo, la importancia e interés del tema —de insospechables proyecciones en el ámbito cultural y especialmente literario argentinos— son tales que vale la pena leerlo hasta que Germán García u otro crítico escriba el estudio completo que cabe esperar.

A partir del estudio de *Inocentes o culpables* (1884), obra en la que Juan Antonio Argerich “pretende dar ropaje literario a sus ideas sobre la herencia psíquica y fisiológica y sobre el daño que la inmigración produce al país”, el estudio de la narrativa preocupada por el tema de la inmigración se desenvuelve a través de los significativos títulos: “El documento en la novela”, “Enfoques temáticos”, “Costumbres”, “La aventura”, “Buenos Aires, de Argerich a Fray Mocho”. Estos dos últimos son los que se desarrollan con alguna extensión. “La aventura” está dedicada a los inevitables episodios del viaje y del desembarco. A propósito de estos temas, García recuerda *Teodoro Foronda* (1896), de Francisco Grandmontagne (“la más completa novela de la inmigración”), *Bianchetto* (1896) de Adolfo Saldías; “Inmigrantes a bordo”, relato de Roberto J. Payró; *El conventillo*, de Luis Pascarella, y *Los gauchos judíos*, de Gerchunoff.

“Buenos Aires, de Argerich a Fray Mocho” se refiere al gran cambio sufrido por esta ciudad con el aluvión inmigratorio que implica, entre otros aspectos, el étnico, el lingüístico, el social. Aquí el autor menciona *Libro extraño* de Francisco A. Sicardi, novela que califica de “documento de una sociedad estudiada con esencial ternura, en estilo que va del exaltado lirismo al realismo crudo que se complace en hablar de inmunicias” (p. 48). Además del arrabal, merecen la atención del autor los conventillos, la trata de blancas y los oficios, todo ello visto muy rápidamente, lo que es de lamentar ya que son temas que dan y han dado para más, y que, sobre todo, cuentan con una base documentada literariamente y ampliada con otra sociológica e histórica que siempre ha sido de interés. Atinadamente alude a Fray Mocho que “dio en sus cuentos, diálogos y cuadros de la ciudad una viva imagen de quienes la poblaban en las postrimerías del siglo XIX, hasta 1903 en que murió” (p. 60).

El capítulo III se titula “El país del inmigrante”. Aquí la revisión —también excesivamente rápida— abarca las narraciones de Manuel Ugarte, Emilio P. Corbiere, Victoria Gukovsky, Elbio Bernárdez Jacques, José Prado, José Adolfo Gaillardou, referidas a la llanura pampeana. Entre las referidas al litoral incluye las de Enrique de Vedia, José M. del Hogar, Diego R. Oxley, Elsa Durando Machev, Gastón Gori, Lázaro Grattarola y Miguel Ángel Correa (“Mateo Booz”).

Algunas negligencias señalables al paso son, sin embargo, importantes. Ni la aclaración de “estos que nosotros llamamos turcos y que con tanta facilidad se acriollan”, salva la confusión inexplicable en que incurre el autor cuando trata de los inmigrantes libaneses y sirios. Otro de estos descuidos toca el difícil ámbito religioso, de comprensión forzosa en el tema de los inmigrantes. Entre lo que un hombre lleva consigo, la religión constituye un rasgo capitalísimo. Decir “abjuración de

Alá”, aunque el dislate sea achacable al autor estudiado y no al crítico, exigía, precisamente, una puntualización inmediata. Con ello, creemos, se hubiera aclarado en forma nada desdeñable que la narrativa sobre los inmigrantes no siempre contaba con un respaldo de conocimientos suficientes y de aquí su frecuente deslizamiento a lo superficial o pintoresco. De Alá, en efecto, no puede abjurrarse. Alá significa Dios en árabe y, por ello, vale tanto para un musulmán como para un cristiano.

Entre los novelistas del litoral que tratan el tema de la inmigración incluye a Alcides Greca, Armando Cascella y Alberto Gerchunoff.

Como autores de obras cuyo ámbito queda fuera de la llanura pampeana y del litoral, menciona a Fausto Burgos, el novelista del inmigrante viñatero o de las desventuras del indio jujeño frente al inmigrante explotador; también a Walter G. Wéylend (Tucumán), Emilio Lestani (Chaco), José Pavlotzky (Chaco), Horacio Quiroga (Misiones), Eduardo Talero (Neuquén), Lobodón Garra o Liborio Justo (Sur), Juan Goyanarte (Sur).

Esta abultada lista de narradores de calidad desapareja y cuyos nombres se unen sólo para reflejar —documental o imaginariamente, artística o pedestremente— la presencia del inmigrante en el país, se alarga más con los nombres citados en el capítulo que Germán García dedica a la novela de los hijos del inmigrante. Dejando atrás el prejuicio presente en Cambaceres y Argerich de que el hijo de gringo está signado por el vicio, y haciendo un elogioso aparte para el tratamiento que Grandmontagne da al tema, se continúa la lista con Arturo Cancela, Eduardo Acevedo Díaz y Eduardo Mallea.

El libro finaliza con algunas notas reunidas con el título de “El chauvinismo racista” y que se refieren a la reacción que produce el inmigrante frente al nativo y a los choques consecuentes.

Acierta García al afirmar que “la novela del inmigrante, nuestra más vieja novela, sigue siendo de actualidad”, a propósito de las nuevas corrientes de inmigración ya sea interna de las provincias del Norte a la Capital Federal —agregaríamos que también a otras ciudades importantes del país— o de los países vecinos a distintas zonas del país, siempre en busca de horizontes más promisorios.

Sobre la base de la documentación que el autor ha debido trabajar “con el propósito de incitar al trato directo con las novelas que nos hablan del inmigrante en la Argentina” (p. 98), es de esperar que se reelabore el contenido del libro que nos ocupa para obtener el estudio que el tema merece. Por ahora, preferimos considerar a *El inmigrante en la novela argentina* como un anticipo de ese estudio que esperamos.

CARLOS ORLANDO NALLIM

Universidad Nacional de Cuyo.